



Publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía. Cada autor es responsable de sus ideas y para nada compromete el pensamiento de la organización.

Opiniones sobre este artículo escribanos a:

[semanariovirtual@viva.org.co](mailto:semanariovirtual@viva.org.co)

[Viva.org.co](http://Viva.org.co)

---

## Reflexiones sobre la educación, la cultura y la escuela

***En las sociedades contemporáneas la orientación general de la cultura y de la educación, responde solamente a los intereses de la economía. Todas las estrategias y quehaceres educativos ensayados se dirigen exclusivamente hacia el desarrollo productivo, a la competitividad y la inclusión en los llamados avances de la ciencia y la tecnología, con miras a un supuesto "progreso" indefinido.***

**Julio César Carrión Castro**  
**Político Universidad del Tolima<sup>1</sup>**

*"La culpable es una sociedad educada en el consumo sin fin, en la confusión estúpida entre consumo y felicidad que permite, eso sí, que los bolsillos del poder se llenen de dinero".*

Gustavo Petro Urrego

Estas palabras del presidente Gustavo Petro, nos convocan a reflexionar sobre las tareas de la educación y la cultura, frente al paradigma cientificista, a la persistencia de la ideología del progreso y a la multiplicidad de unos nuevos saberes y tecnologías que han provocado la devaluación del mundo de la vida y la tergiversación de los viejos ideales humanistas, en estos tiempos decadentes y confusos del capitalismo tardío, en que nos ha correspondido sobrevivir...

En las sociedades contemporáneas la orientación general de la cultura y de la educación, responde solamente a los intereses de la economía. Todas las estrategias y quehaceres educativos ensayados se dirigen exclusivamente hacia el desarrollo productivo, a la competitividad y la inclusión en los llamados avances de la ciencia y la tecnología, con miras a un supuesto "progreso" indefinido.

Ello ha conducido a una visión unilateral, sesgada, utilitaria y pragmática de la formación escolar, académica, universitaria que enaltece el positivismo, la objetividad y la razón instrumental, en detrimento de las demás dimensiones del saber, del sentir y de la imaginación humanos, excluidos hoy de los currículos y las asignaturas y al establecimiento de una serie de tramas y urdimbres, tan enredadas como inútiles.

---

<sup>1</sup> Trozos y fragmentos de mi libro "Tramas y urdimbres pedagógicas". Ibagué. León Gráficas. 2014.

## Odradek o los estragos de la escuela y el olvido

En un breve cuento titulado *“Las preocupaciones de un padre de familia”* (escrito probablemente entre 1914 y 1917, pero publicado finalmente en 1919), Franz Kafka nos informa que *“existe realmente un ser llamado Odradek, a primera vista tiene el aspecto de un carrete de hilo en forma de estrella plana. Parece cubierto de hilo, pero más bien se trata de pedazos de hilo, de los tipos y colores más diversos, anudados o apelmazados entre sí...”*. Dice el autor que *“uno siente la tentación de creer que esta criatura tuvo, tiempo atrás, una figura más razonable y que ahora está rota... sin que se noten las huellas de sus añadidos o roturas...”* y, *“aunque el conjunto es absurdo parece completo en sí”*. Se trata, dice Kafka, de un extraño ser trashumante, con *“domicilio indeterminado”*, que pareciera no hacer mal a nadie, y gozar de una condición de perennidad o de inmortalidad aterradora. Para concluir sentencia: *“casi me resulta dolorosa la idea de que me pueda sobrevivir”*. ¿Acaso Kafka no se está refiriendo a la escuela, al aparato escolar? ¿No está insistiendo en el mito ideológico del padre de familia todopoderoso, del que diera cuenta en su famosa *“Carta al padre”* también de 1919? ¿No reitera Kafka su confrontación a la excesiva presencia de la autoridad, a la función disciplinante, coercitiva, represiva de padres y maestros? ¿No nos está indicando, de nuevo, cómo esas sombras tutelares insisten en atraparnos bajo un poder que parece a la vez amenazante y razonable, pero que en realidad es ridículo?

A Odradek, como a todos los sueños, podemos atribuirle las más diversas significaciones, el más variado contenido, propio de las elaboraciones oníricas en su proceso de ocultamiento y enmascaramiento de la realidad, sin embargo, se me antoja que ese sueño llamado Odradek es lo más cercano a la definición de las tramas y las urdimbres pedagógicas en que constantemente vivimos enredados. Ese entramado, ese agregado de retazos, de trozos, de pedazos, que constituye toda la historia de la educación y la pedagogía, particularmente en Colombia...

La denominada *“Pedagogía”* en Colombia, no ha sido más que un agregado de multitud de ensayos y fracasos, de errores y de horrores históricamente acumulados; de irrelevantes didactismos, innovaciones, experimentaciones, sincretismos, imitaciones, maquillajes, encubrimientos, simulaciones, reformas, recomposiciones y enmascaramientos, pegados y cosidos de manera arbitraria, pues lo corriente en Colombia ha sido la banalización, la trivialización de los quehaceres educativos y de las teorías y corrientes del pensamiento pedagógico, que se toman en préstamo para imitar y tratar de elaborar con ellas una especie de colcha de retazos, una sumatoria de fragmentos y pedazos, para construir esa especie de Frankenstein, conformado por los miembros mutilados de todas estas teorías, cosidos y agregados, de cualquier manera, al viejo cuerpo del confesionalismo y el autoritarismo proveniente desde la colonia. Se puede afirmar que sólo la propuesta educativa que busca el disciplinamiento, la normalización, la regularización y el control total sobre las personas, ha permanecido de manera inamovible en el país, a pesar de los maquillajes teóricos que de tiempo en tiempo se le aplican, para adecuarla a los últimos criterios de la moda, suprimiendo de paso toda identidad, toda particularidad y diferencia.

Denominaciones altisonantes periódicamente anuncian nuevas propuestas y reformas educativas que, finalmente, terminan por amoldarse a las viejas e inveteradas prácticas, sin importar que para ello se utilice el prestigio alcanzado por algunas concepciones, como ha ocurrido desde los comienzos del régimen republicano con un sinnúmero de propuestas que van desde la idea de la paideia griega, –el proyecto de *Moral y luces* que esbozara Bolívar con el término del *Areópago*–, el sistema tutorial lancasteriano, la Escuela nueva de Celestino Freinet, el conductismo, la Pedagogía activa de Piaget, y más recientemente las propuestas de Vygotsky, las de Bernstein, o las de la tecnología educativa, el constructivismo, el diseño instruccional y un variado y largo etcétera... como los mismos hilos y pedazos de Odradek. Pareciera que de lo que se trata es de convertir estos planteamientos y proyectos en una serie de agregados absurdos de terminologías, es decir, en el fondo estas teorías son reducidas, como en el lecho de Procasto, a esa pedagogía de impronta dogmática y confesional que nos acompaña desde el régimen colonial-hacendatario.

La connivencia Estado-Iglesia –vigente desde la colonia– es responsable en Colombia no sólo de la precariedad, desmantelamiento y abandono de la educación pública, frente al negocio de la educación privada, sino, incluso, de algunas manifestaciones de la violencia partidista.

Desde mediados del siglo XX y bajo el liderazgo del Estado, la sociedad ha padecido todo un proceso de contrarreforma y de aniquilamiento terrorista de las bases teóricas y conceptuales que se ensayaron durante la república liberal, mediante una especie de restauración retardataria, emprendida inicialmente por los gobiernos de Ospina Pérez y Laureano Gómez, de los patrones culturales y eclesiásticos de la colonia española, para la configuración y continuidad del modelo de educación tradicional, escolástico y elitista que aún pervive.

La Iglesia ha diseñado, en gran medida, no sólo la mentalidad del pueblo colombiano, sino las propias instituciones que nos rigen, en especial en el sistema escolar. Escapar a ese poder ha sido una tarea prácticamente imposible, todas las nuevas corrientes pedagógicas ensayadas, invariablemente han terminado siendo ajustadas y adecuadas a las condiciones de esa mentalidad hispano-católica. Esta específica forma de enmascaramiento y de hibridación, tendría como principal escenario todo el sistema escolar, incluidas las universidades. En todos los niveles de la educación persisten las ideas y los mecanismos pedagógicos empleados durante la época colonial, los cuales, en lugar de desaparecer, se han fortalecido, muchas veces gracias a las supuestas “reformas” que históricamente se han emprendido.

La mentalidad cristiano-feudal que caracterizó el período colonial continúa vigente en el territorio colombiano, hasta el presente, a pesar de los tímidos y esporádicos embates de modernas concepciones que, siempre, terminan amoldándose a dicha mentalidad. Es indispensable esforzar la imaginación para construir nuevos escenarios que nos permitan desescolarizar la educación, buscar la reestructuración de una educación no administrada, no empresarial, hasta lograr “*un mundo sin escuelas*”, como lo propuso Iván Illich; la búsqueda de alternativas radicales, no institucionales, que superen tanto el viejo manejo

confesional y sectario de la educación, como la “moderna” mercantilización de los conocimientos y la proliferación de esos fragmentos y retazos de didácticas, currículos y metodologías, que logre hacer de las ciudades redes culturales y educativas, que quiebren el monopolio de las instituciones escolares, entendiendo que los pueblos vencidos que han sido obligatoria y sistemáticamente colonizados, evangelizados, civilizados, culturizados, alfabetizados, ilustrados... no lo estaban pidiendo, no reclamaban esa “ilustración”.

Bajo el poder de las escuelas se ha venido eliminando el pluralismo y la diferencia, imponiendo la uniformidad y la homogeneización. Hay que descubrir, correr el velo, de todos esos gastados mitos occidentales como el de la “razón”, el del “progreso” y el de la “democracia” (hilos rotos del proyecto demoliberal que aún se tejen en las aulas escolares); se debe confrontar el “poder pastoral” de los profesores, es indispensable que desaparezca su función retórica, doctrinaria, escolástica y mercenaria.

El reformismo pedagógico es baluarte de un fantasma: La escuela, con su función misional y evangelizadora, apoya y promueve el fascismo democrático que nos agobia, con todas esas instituciones de la simulación y la farsa (ejecutivo, parlamento, judicaturas, procuradurías, etc.).

Es imprescindible conocer esa historia de lo educativo; saber de estas urdimbres, tramas y enredos pedagógicos, de todas estas rutinas, artimañas y mezquindades con que se disfrazan los grupos hegemónicos, saber que detrás de ese enmascaramiento se esconde la persistencia de la subalternidad como proyecto “educativo”. Hay que seguirles el hilo a las instituciones, deshilar ese ovillo, esa madeja, evidenciar la escondida presencia de Odradek en las instituciones escolares. Precisamente superando las cotidianas y pequeñas miserias de la vida escolar, develando el caos y la incoherencia que se oculta tras el reformismo educativo en esas veneradas instituciones, supuestamente firmes y “certificadas”, podremos encontrar otros “valores”, otras perspectivas culturales y educativas, porque, más allá de la perversión escolar se encuentra una pluralidad de opciones, que se nutren de los saberes populares, de los imaginarios colectivos. La primera consecuencia de este desvelamiento nos permitirá entender que pertenecemos a múltiples y diversas culturas y cosmovisiones que nos atraviesan, y debemos superar el engaño y las discontinuidades en que se nos mantiene sin pretender el uniformismo gregario, sino construir una pedagogía y una ética cómplice de la memoria, de la alteridad y, definitivamente, comprometida con los intereses emancipatorios.

### **Pesimismo, escuela y esperanza**

Ningún período de la historia vio perpetrar tantos crímenes masivos como el siglo XX, gracias al empleo de la ciencia y la tecnología puestas al servicio de la muerte y no tanto en favor del bienestar y del progreso como suele publicitarse.

El propósito de los grupos hegemónicos de alcanzar la total regulación y normalización de los individuos condujo inexorablemente a la muerte administrada, justificada con argumentos como las “razones de Estado”, la

promoción del “progreso” o la “defensa de la civilización”. Las invasiones y los genocidios se volvieron cotidianos, también los procesos bélicos que involucran a la población civil como objetivo militar, los bombardeos indiscriminados y los masivos desplazamientos poblacionales. En fin, el siglo XX llevó a la imposición de la guerra total, al apogeo de las matanzas generalizadas y a la barbarie exterminista, no dejando ya espacio a la esperanza. Todos estos recursos del miedo, de la miseria y de la muerte, que introdujo el siglo XX junto al chantaje nuclear, a la barbarie ecológica y esa permanente banalización del mal, han conducido a un pesimismo trágico y al más desmesurado temor frente al futuro.

Ya no hay incertidumbres: la perversa dinámica que este modelo de “civilización” comporta, ha conducido al desencadenamiento de peores situaciones que las que ya hemos soportado. Es bien seguro que el desarrollo tecno-científico desembocará en nuevas y terribles formas de dominación y de opresión, cada vez más incontrolables e incomprensibles para el ciudadano común.

Las perspectivas de este oscuro siglo XXI contienen ya las posibilidades de la aplicación de tendencias y de mecanismos morales, políticos y pedagógicos, que marcarán a fuego el destino de la humanidad entera, bajo la impronta de un capitalismo tardío, irracional y caduco, pero que aún se muestra fuerte y arrogante. La desilusión marca el porvenir. La propia ficción especulativa que permitiera establecer antaño una literatura utópica cargada de esperanzas positivas hoy ha cambiado radicalmente y el horizonte imaginativo, forjado a partir de las propias experiencias históricas, promueve una mirada literaria preñada de desilusión y desencanto.

La humanidad del siglo XXI es fruto de una imaginación ya defraudada: las ilusiones propuestas por el cristianismo, por el liberalismo y por el socialismo sobre el amor al prójimo, el respeto por los derechos fundamentales de los individuos, la justicia y la equidad en la distribución de las riquezas, han fracasado. Absortos contemplamos la victoria de un “progreso” tecnocrático que lleva aneja la depauperación de la condición humana. Se trata del triunfo, ya no de la utopía sino de las anti-utopías. “*El Mundo feliz*” de Aldous Huxley y el “*1984*” de George Orwell, se encuentran realizados. Los proyectos éticos y emancipadores, por el contrario, están en franca decadencia. Pero desde las ruinas de un pensamiento socialista de condición utópica se puede, de nuevo, construir un horizonte de esperanzas... Podemos dialogar aun, como lo propone Jacques Derrida, con los espectros de Marx, para confrontar, de nuevo, los discursos del poder, nos permitimos reflexionar sobre el asunto del control social y las posibilidades reales del Principio Esperanza, para poder mirar hacia el futuro, con algún residuo de perplejidad, de asombro y de ilusión.

El supuesto triunfo global de la “*democracia occidental*”, que tanto se publicita, en realidad vela u oculta la auténtica victoria del nazi-fascismo escondido tras la retórica del alfabetismo, la ilustración, la promoción de los derechos humanos y la implantación de los “*estados de derecho*”. Teodoro Adorno claramente advirtió que cualquier debate referido a los ideales de la educación es vano e indiferente frente a la exigencia de que Auschwitz no se repita. Auschwitz, y en general los modernos campos de concentración y de exterminio, se constituyen en los espacios biopolíticos por excelencia, en donde toda barbarie y todo mal

imaginable son posibles. Sabemos que la barbarie persiste, porque aún están presentes las condiciones que la hacen posible.

El genocidio hunde sus raíces en la propia conformación de lo que conocemos como *"civilización"*. La barbarie siempre ha marchado ligada a la racionalidad occidental y a la ideología del progreso. El horror perdura porque, como lo analizara Hannah Arendt, vivimos un colapso moral que llevó a la banalización del mal porque los seres humanos han sido despojados sistemáticamente de toda autonomía y de la capacidad de entender las consecuencias éticas de sus actos, sometidos a la más abyecta subordinación a las autoridades.

La barbarie del nazi-fascismo, expresada de manera contundente en los campos de concentración y de exterminio, no fue ningún acontecimiento singular, sino la lógica consecuencia de un largo proceso, de una vieja tradición cultural, que simplemente alcanzó una mayor efectividad en los mecanismos de exclusión y muerte, al incorporar la ciencia y la tecnología al servicio de sus designios políticos, como nunca lo había logrado. No se trató de una abrupta irrupción del *"mal"* en el devenir histórico, sino de su cotidiana permisividad y aceptación; del más absoluto consentimiento del horror por parte de los hombres corrientes, de una ciudadanía aletargada, incapaz de réplica o confrontación, porque había sido preparada para cumplir con unos comportamientos colectivos preestablecidos por modelos pedagógicos y educativos centrados en el control y la regulación poblacional.

Así, mientras se explota, violenta y tortura a las inmensas mayorías, sumidas en el desarraigo y la miseria cotidiana, algunos intelectuales, seriamente comprometidos con los procesos de transformación y cambio, siguen clamando por la no violencia y por el pacifismo... No se trata de mostrar exclusivamente el caso de los países que han soportado los excesos de las dictaduras, de los *"totalitarismos"* o del fascismo, es preciso indagar la genealogía general de un proceso histórico que se remonta a los comienzos mismos de esa intención de formar los *"sujetos sometidos"* y que se extiende, por supuesto, a los orígenes del sistema escolar. Y es que la escuela surge como una institución establecida con el propósito de socializar y regularizar a los individuos, según los patrones de comportamiento fijados por los grupos que ejercen la hegemonía cultural e intelectual en una sociedad determinada. Comportamientos ligados, en lo fundamental, a las exigencias de los procesos productivos y que buscan, en todo caso, la homogeneización y la uniformidad de los sujetos.

Es largo el camino recorrido por las acciones inhumanas que presuntamente persiguen el establecimiento de valores trascendentales como la libertad, el orden o la justicia. A nombre de Dios, de la razón, del Estado, de la raza, de la clase social o del mercado, se han perpetrado los más horrendos crímenes contra la humanidad. Como lo expresara Walter Benjamín: todo documento de la cultura es también un documento de la barbarie. No hay que olvidar las huellas de dolor dejadas en los humillados, vencidos y oprimidos de todo ese largo proceso de construcción de la *"civilización"*, máxime ahora cuando sabemos que la tan elogiada globalización se asienta en el cotidiano drama de la exclusión y la marginalidad de las inmensas mayorías.

No podemos seguir aceptando, a nombre de la “*esperanza*”, que el sufrimiento y el dolor de las masas, del pasado y del presente, siga siendo el precio que hay que pagar por una supuesta felicidad futura. Paralelamente a la globalización del mercado, que hegemonizan los países opulentos, se han globalizado la miseria y la exclusión. Auschwitz ha sido el escenario principal de la mayor reificación del ser humano, de su conversión a “*nuda vida*”. Los grandes logros de la ciencia y la tecnología, particularmente de la biomedicina contemporánea y de todos esos mecanismos comunicacionales y de control poblacional, que constituyen la biopolítica moderna, apuntan, precisamente, hacia la universalización de los principios de Auschwitz (como ha quedado palmariamente demostrado con Abu Grahib y los demás campos de concentración supervivientes, ahora en nombre de la “*democracia*” occidental y cristiana).

Pero tenemos que entender, también, que el sistema educativo comporta, además, –siempre ha comportado– un ambiente de reflexión, de crítica y de discusión en torno a los quehaceres de la escuela y a las imposiciones de los sectores dominantes. Precisamente la pedagogía ha sido ese conjunto de expresiones críticas y alternativas, respecto del acontecer educativo, las cuales se formulan desde las más variadas y disímiles concepciones políticas e ideológicas. Frente al proclamado paradigma tecnológico en educación, que convierte a los maestros en simples tecnólogos, absortos en la búsqueda de “*puntajes*” para agregar a sus hojas de vida y alcanzar ascensos y mejoramientos salariales, se debe rescatar una nueva opción, una pedagogía de la memoria que se sustente en la narración y el testimonio de los pueblos vencidos. Hay que restablecer el saber, el sentir, el punto de vista y el reclamo de los vencidos: La narración de experiencias y el testimonio de los olvidados, de los supervivientes de estas empresas de muerte, porque constituyen la base de una nueva ética y de una nueva pedagogía, la pedagogía de la alteridad, del respeto por la diferencia y de la hospitalidad y la acogida del otro como lo ha expresado Joan Carles Mèlich en su texto *Narración y hospitalidad*<sup>2</sup>.

A la pedagogía del acomodamiento, de la selectividad social, de la exclusión, de la marginalidad y de los campos de concentración, habrá que responder, no solamente con una *Pedagogía del oprimido* que convoque a la “*concientización*”, como lo exigiera Freire, sino con una pedagogía de la autonomía, de la indignación y de la resistencia. Construir una cultura, y una pedagogía, de la memoria y la protesta, no sólo para que la historia no se repita, sino para que se haga justicia a las víctimas.

### **Ética, pedagogía y olvido**

Dado que nos es imposible escapar del pasado, así se nos oculte o edulcore, tenemos que hacer una reflexión profunda sobre los hechos históricos, sobre el tipo de cultura que se ha edificado y particularmente sobre el sistema educativo, con que se ha regularizado y normalizado a los sectores populares y en general a los pueblos vencidos, porque no es posible seguir pensando como si nada de lo acontecido tuviese importancia para las prácticas pedagógicas. Debemos entender la educación, como lo expresa Joan-Carles Mèlich, como un

---

<sup>2</sup> Mèlich, Joan-Carles. *Narración y hospitalidad*. En *La ausencia del testimonio*. Ed. Anthropos, Barcelona 2001.

acontecimiento ético y no simplemente desde las perspectivas de una planificación tecnológica.

Hay que desgarrar el velo de las engañosas que ocultan el verdadero sentido de la escuela; entender que la biopolítica contemporánea no sólo ejerce control sobre los cuerpos y gestos y regula a todos los individuos mediante rigurosos mecanismos de vigilancia y represión, sino que la escolarización y pedagogización del mundo de la vida, con sus prácticas tendientes a la uniformidad y homogeneización, buscando eliminar toda particularidad y diferencia cultural, es causante de este desgarramiento ético que nos acorrala, de este sombrío “*desquiciamiento*” del mundo.

Les corresponde a las actuales generaciones rectificar la senda, emprender nuevos caminos, hacer justicia. No tiene sentido persistir en esa acumulación de errores. Jacques Derrida ha dicho: “*Si el derecho se sustenta en la venganza, como parece lamentar Hamlet –antes que Nietzsche, antes que Heidegger, antes que Benjamin–, ¿no puede aspirarse a una justicia que, un día, un día que ya no pertenecería a la historia, un día casi mesiánico, se encontraría por fin sustraída a la fatalidad de la venganza?*”<sup>3</sup>. El devenir histórico de sociedades como la nuestra, subordinadas permanentemente al mandato de unas oligarquías, tan despiadadas como cínicas, hipócritas y enmascaradas tras supuestos “*valores tradicionales*”, nos está mostrando palmariamente la total frustración de los sueños, proyectos e ideales emancipatorios e ilustrados, deshechos ya, al parecer irremediabilmente, bajo el peso de los confesionalismos, de la falsa moral y de la escuela.

La paradoja en que se sustenta el convencimiento social y la general aceptación acrítica de este tipo de falacias, que subyace en la promoción y publicidad de los llamados “*valores*” universales, es puesta en evidencia con situaciones tan desvergonzadas como la que denuncia Slavov Zizek al afirmar: “*Que el rey Leopoldo de Bélgica, responsable del genocidio cometido en el Congo, fuese un gran adalid de los derechos humanos y que el Papa lo proclamase santo no son datos que se puedan despreciar por ser una pura muestra de cinismo e hipocresía ideológicos: cabe argumentar que subjetivamente es muy probable que defendiera sinceramente los derechos humanos, e incluso que en cierta medida contrarrestase las consecuencias catastróficas del gigantesco proyecto económico de despiadada explotación de los recursos naturales del Congo sobre el que reinaba (¡era su feudo personal!) la gran ironía es que casi todos los beneficios de la empresa fueron a parar al pueblo belga, a las obras públicas, a los museos, etcétera...*”<sup>4</sup>. En todo caso se trata de defender, o al menos de publicitar, los “*derechos humanos universales*”... aunque sólo algunos países se beneficien de esta “*universalidad*”, mientras se da una sistemática negación de los mismos, a los demás pueblos y comunidades, bajo el liderazgo de gobernantes y empresarios que promueven, incluso sinceramente, la democracia, los derechos humanos, el respeto y la tolerancia “*universales*”... Debemos insistir: desde la escuela, de manera perversa, se promueve, permanentemente, el olvido, no sólo se diseñan nuevos contenidos para la

---

<sup>3</sup> Derrida, Jaques. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Ed. Trotta 1995.

<sup>4</sup> Zizek, Slavoj. *En defensa de las causas perdidas*. Akal Madrid, España 2008.



historiografía oficial, sino que es allí en donde se han estructurado esos supuestos “*valores universales*”, y las categorías y valoraciones que pesan sobre los pueblos vencidos y sobre los individuos asumidos como “*diferentes*” y “*anormales*”.

Como claramente lo expusiera Iván Illich, la escuela, a la par que califica va descalificando; enaltece a algunos, para humillar a otros, categorizando individuos con títulos y diplomas, que les son negados sistemáticamente a las inmensas mayorías. La escuela siempre reproduce y amplía las relaciones sociales de dominio y explotación, relaciones de subordinación, de olvido y de exclusión, que imponen los grupos hegemónicos sobre los sectores populares. Precisamente la tarea de una nueva ética y una nueva formación, basada en la memoria, es poner en cuestión las manipulaciones del recuerdo y del olvido, la falsa imagen de bienestar generalizado, esa moral, esa pedagogía, y la perversión de esos pretendidos “*valores trascendentales*” que ocultan y disfrazan las verdaderas intenciones de las clases dominantes.

Develar el papel que juegan las instituciones educativas –escuelas y universidades–, así como los funcionarios de dichas instituciones, forjadores mercenarios al servicio de esa ideología de la subalternidad, con la doble moral que les caracteriza: defensores de un *statu quo* que retóricamente dicen confrontar. Se requiere una ética de la memoria que nos permita dar presencia al otro, al olvidado, al silenciado, al ausente, al desplazado, al negado; a las víctimas... Como lo asevera Mèlich: “*Desde Auschwitz la ética es indudablemente memoria... porque la ética, la estética, la antropología la educación... todo ha quedado subvertido en Auschwitz...*” y este horror ejemplar ha de servir para que quede claro que “*ningún progreso ha de valer tanto como para negar lo humano...*”. “*No podemos olvidar. Es necesario una educación que tenga como finalidad fundamental que Auschwitz no se repita. Auschwitz es el fracaso de los viejos humanismos, el fracaso de la Ilustración, el fracaso de la cultura occidental...*”<sup>5</sup>.

Esta cultura, esta pedagogía del olvido, de la amnesia, reclama el silencio cobarde y cómplice de los intelectuales, de los políticos, de los “*educadores*”, que se niegan a enfrentar los estragos causados por la vigencia de los llamados “*valores del pasado*” que excluyen a los subyugados y vencidos y conceden la palabra sólo a los vencedores. Milán Kundera, en *El libro de la risa y el olvido* escribió: “*la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido*”. El fracaso de la Ilustración está enmarcado en el triunfo del olvido; se desplazaron los trabajos de la memoria y el recuerdo en favor de esperanzas siempre trucas, en favor de los evanescentes ideales de un progreso infinito, de un “*futuro mejor*”, que terminó siendo la idealización de un presente vago, incompleto y ausente, pero asumido como la realización de la esperanza.

### **Los engendros del olvido**

Somos víctimas de una imaginación acorralada, arrinconada. Las propias instituciones que hemos creado, como lo denunciara Iván Illich, terminaron

---

<sup>5</sup> Mèlich, Joan-Carles. *Ibid.*

tejiendo y modelando nuestras preferencias y nuestra visión de lo posible. No somos capaces de pensar la educación más que en términos de escuelas y maestros, nuestra capacidad de invención ha sido bloqueada. Los grupos hegemónicos, ansiosos por lograr un mayor grado de subordinación y de obediencia por parte de los sectores populares, tramaron y urdieron el engendro para la socialización o normalización programada: La escuela, la institución planificada y organizada para garantizar la total obediencia de los individuos, la sumisión disfrazada de comprensión.

Hemos sido escolarizados...los detentadores del poder nos han impuesto una nueva Iglesia con todas sus liturgias, sus pretendidos dogmas, sus sacerdotes y su inquisición. La escuela con su rigor, disciplina, clases, asistencias, formaciones, aulas, calificaciones, pruebas, exámenes, currículos, estándares, títulos, diplomas; es ese monstruo tejido, urdido, tramado, ese engendro, esa *Vaca sagrada* que llamara Illich. La escuela, con sus burócratas bien entrenados, y hasta bien intencionados, que, conforme a los intereses del imperio y sus agentes, planifican y discuten sobre didácticas, programas, currículos, competencias, estándares e indexaciones, es ese engendro promotor de la subalternidad y del olvido.

Frente a la catástrofe que ha significado la aplicación de la ideología del progreso, inscrito en la continuidad de la opresión y la marginalidad, y sustentado en la manipulación del recuerdo y en la pedagogía del olvido, Walter Benjamin nos convoca a reclamar los deberes de la memoria, a poner en evidencia la injusticia con que se ha cargado la historia oficial, a reelaborar la historia, colocando como centro de un nuevo quehacer político y pedagógico, la narración, el testimonio y el punto de vista de los vencidos. Al contrario de la "información" periodística que asume la memoria como irrelevante, los testimonios, los relatos y las narraciones de las víctimas y los sobrevivientes, no son modas, sino enraizamiento en los hechos y en las experiencias singulares, particulares, que permiten reconocer el horror que subyace bajo la impostura de la historiografía del olvido, hecha al acomodo de los vencedores.

Urgentemente se debe elaborar no sólo una distinta historia, sino otra ética, otra filosofía, otra pedagogía, basadas en el recuerdo y la memoria. Esta nueva filosofía de la historia, de la memoria, de la narración y el testimonio, implica la reconstrucción –la redención– de los sujetos sometidos, contra la perversión de esa historia y esa educación que pretenden negar el dolor y el sufrimiento de los silenciados y olvidados.

Es indispensable abordar el pasado como un enorme campo de posibilidades de futuro. En palabras de Michael Löwy, "*la apertura del pasado significa también que los llamados "juicios de la historia" no son en absoluto definitivos ni inmutables. El porvenir puede reabrir expedientes históricos "cerrados" y "rehabilitar" a víctimas calumniadas, reactualizar esperanzas y aspiraciones vencidas, redescubrir combates olvidados o juzgados "utópicos", "anacrónicos" y "a contrapelo del progreso". "En este caso de figura, la apertura del pasado y la apertura del futuro están íntimamente asociadas"*<sup>6</sup>. Romper con esa lógica

---

<sup>6</sup> Löwy, Michael. *Walter Benjamin aviso de incendio*. Fondo de cultura económica. México 2002.

absurda del progreso indefinido, significa romper con las instituciones que promueven el olvido y la conformidad con el presente, con los campos de concentración escolar y con los administradores y los vigilantes de estos campos, de estas instituciones, con los “educadores”, que han convertido la historia en simple información, como lo exigen los intereses del poder, que han hecho de la educación una enredada trama, un Odradek, ese extraño engendro; una urdimbre de bagatelas y de estúpidas modas, en donde el nihilismo, el conformismo y el olvido, constituyen la principal ideología de gobernantes, de politiqueros y de profesores, maestros y estudiantes. Los acontecimientos son a diario deformados y tergiversados no sólo por los acuciosos medios de “información”, sino por los educadores convertidos en manipuladores de la historia, en fabricantes de una “nueva historia”, siguiendo los lineamientos establecidos por los poderosos. Así, la narración de los hechos fue sustituida por la “información”.

Mientras la narración permite recapitular la historia, la “información” vive solo el momento, es exclusivamente presentista. Como dice Benjamin, “*la información sólo sirve en el instante, debe entregarse totalmente a él, y en él manifestarse...*”

El verdadero héroe de los cuentos de Kafka, como lo descubre Walter Benjamin, es el olvido. “*Lo olvidado no es algo exclusivamente individual..., cada olvido se incorpora a lo olvidado del mundo precedente, y le acompaña a lo largo de incontables, inciertas y cambiantes relaciones que son origen siempre de nuevos engendros...*” “*...y el olvido es el recipiente de donde surge el inagotable mundo intermedio de las historias de Kafka...*”.

Finalmente, Benjamin nos aclara la imagen de esa deformación histórica, nos dice que estos tiempos desquiciados que nos han impuesto, tienen en ese engendro que es el Odradek de Kafka, “*la forma adoptada por las cosas en el olvido...*”<sup>7</sup>. Por fuera de esa deformación que constituye toda la estructura que gobierna el actual estado de cosas, por fuera de las instituciones del poder y del olvido, del llamado sistema escolar que avala el desquiciamiento, aún es posible ensayar una nueva filosofía, una nueva pedagogía basada en el recuerdo, como legado del pasado y como opción de una nueva esperanza; como una mesiánica venganza de los oprimidos y vencidos de la historia.

El presidente Petro nos propone, entonces, el triunfo de la vida por sobre los engendros de la muerte. Y, más allá de los oportunistas intereses de los subyugados y mediocres, busca que nos transformemos en “*una potencia de la vida*”, porque “*Colombia debe convertirse en una sociedad del conocimiento... concibiendo la educación como el camino cierto a la paz total...*”. Esa irrefutable idea se enmarca en la validez total del *Principio Esperanza*, porque, estamos convencidos, “*la esperanza derrotará al miedo, como tantas veces la vida ha derrotado a la muerte*”.

## **Edición 796 – Semana del 24 al 30 de septiembre de 2022**

---

<sup>7</sup> Benjamin, Walter. *Franz Kafka –En el décimo aniversario de su muerte–* Obras libro II vol. 2 pág. 33.